

porque también de Ayala, de Tamayo, de Augier y Sandeau hay algo que no es del año del cometa.

No puede negar Federico que es mexicano. En su primer pronunciamiento, en su primera campaña, pasó de civil á general.

Y lo raro es que se ganó el ascenso.



PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

Tenía deseos de arrojar mi guante negro en la tumba del eminente prosador y elegante poeta que acaba de morir en España; porque, pues á nadie es dada la potestad de revivirle, impone la admiración, á los devotos de él, triste deber de tributarle un último homenaje de respeto y de cariño. No seamos ingratos con los amables y bondadosos hechiceros que convirtieron y convierten algunas horas de nuestra vida en instantes luminosos; que deslumbraron nuestra fantasía con la magia de su palabra, procurándonos un placer parecido al que de niños disfrutábamos en las noches de fuegos artificiales.

Para mí, Alarcón es un amigo viejo. No tendría yo doce años cuando en un gabinetito que mi padre me había arreglado para que en él estudiara, leí con avidez el viaje *De Madrid á Nápoles*. Lo había publicado *La Voz de México*, único diario que en casa recibíamos, y yo había ido cortando y reuniendo los respectivos folletines, hasta que con *mi domingo*, de quién sabe cuántos domingos hace, con el peso que siempre me servía para comprar algún libro, pude llevar esos papeles á la encuadernación para que empastaran los dos tomos de que consta la obra.

Estoy viendo el gabinetito: muy angosto, como un callejón, pero muy lleno de luz..... ¡tal vez ahora le dan más claridades mis recuerdos! con una ventana que daba para la azotea de la casa contigua; lleno de libros, y con un sofasito para leer esos libros, frente

á la mesa en donde estaba, siempre casi olvidada mi olvidada pizarra, en compañía del primer tomo de una obra que me causó muchos disgustos, y que dice en el lomo de la pasta: CONTRERAS.—MATEMÁTICAS. Junto, el pequeño oratorio; y á veces..... ¡oh Dios mío! en el sillón de la mesa de mi buen padre.

En aquel sofasito leí el *Viaje de Madrid á Nápoles*. ¡Qué feliz era Alarcón! ¡Cuántos primores había visto! Y con qué gracia, en qué estilo tan encantador refería todo! Leyéndolo, estuve con él en París, estuve en Venecia, estuve en Florencia, estuve en Roma, pasé una deliciosa tarde en el lago de Como, visité los museos y sentí el sano frescor de las montañas suizas. ¡Oh! ¡Si pudiera desandarse en la vida, volvería á aquel gabinetito para leer *Las Tres Romas* del abate Gaume, *La Graziella*; *El Viaje á Oriente* de Lamartine; sonoros versos de Zorrilla; *El René* de Chateaubriand, todos los libros que leí en aquel entonces!

Para permitirme que leyera *El Sombrero de tres picos*, hubo algunos escrúpulos; pero ya estaba más crecido y se me dió, por fin, la novela tan largamente codiciada. Nada tiene de inmoral, y, como dice en el prólogo su autor, lo único que dice es lo que saben hasta los niños más inocentes: que sus padres duermen juntos como marido y mujer. Recuerdo, sin embargo, que presté ese cuento á una muchacha muy bonita que se llamaba Rosa, y la mamá, á la noche siguiente, en tono agrio, me dijo que no prestara á su hija libros inmorales.

Todas estas cosas son como el título de otro volumen de Alarcón: *Cosas que fueron!*

Este sí ya lo compré con el primer dinero que me pagaron en la tienda de ropa á que había entrado como dependiente, y para hacer méritos que jamás pude hacer, porque mi único mérito consistía en ir á ocultarme en un tabuco húmedo del almacén en donde guardaban las casullas y demás paramentos de Iglesia, con el honesto objeto de leer la *Historia de Francia*, escrita por Anquetil, y que estaba arrumbada en aquella especie de bodega, ó bien algún libro que solía llevarme de casa, oculto entre la camisa y el chaleco.

¡Y cómo me gustaron aquellas *cosas que fueron!* Como nos gustan siempre todas esas cosas que ya no son! «La Noche Buena del poeta» —así se llama uno de los artículos de esa preciosa colección,— me encantaba sobremanera. Aquél soñador, ido á Madrid en busca de fortuna y que dejó á los padres en el quieto villórrico; aquél que,

tiritando, recorre las calles en noche de Navidad, y ve con envidia á los que tienen su hogar, su sopa de almendra, y en rueda cantan villancicos ó festejos bailan, me conmovía profundamente.

He releído el artículo y lo encuentro lindísimo. Esa «Noche Buena» y la de Larra, son las más buenas de la prosa española.

Y he releído después todas las obras de Alarcón, publicadas elegantemente en la *Colección de Escritores castellanos*, hasta la última tan descorazonada y desalentadora que se llama *Historia de mis libros*.

En esa *Historia* hay una sombra tristísima de olvido. Se ve al padre que está sembrando flores en la tumba de sus hijas muertas. Ya los hijos se han casado; ya tienen familias suyas, ya no pertenecen á la paterna, y aunque le miran con amor y respeto, aunque le besan la mano, ya no son de él, ya piensan de otro modo. Nuevos ideales literarios, flamantes formas poéticas, estilos agasajados por la moda caprichosa, substituyeron á los ideales, á la forma y al estilo de Alarcón. De aquí su tristeza, al creerse arrinconado, visto con desdén, entrando vivo en la noche de la muerte.

Pero no tuvo razón. Lo bello es eterno, y él hizo muchas cosas bellas. *Las cosas que fueron* tienen cosas que son y serán primores siempre. *El sombrero de tres picos*, aun cuando lo que se use sea el sombrero de copa, gustará siempre á todos los enamorados del arte.

Hay que conformarse con ir cediendo á los que vengan el asiento que ocupamos; pero es exagerado suponer que todo lo hermoso legado á la posteridad se pierde en los mares del olvido. Los pósteros seleccionan ¡y trabajo les mando á los del siglo veinte!

Para mí (ahora que puedo apreciar á Alarcón con criterio un poco menos malo que mi criterio de hace diez y ocho años), lo que de él vivirá son el *sombrero de tres picos*, el *Capitán Veneno*, varias de sus *Novelas Cortas* y algunos de los artículos que coleccionó. No vive ya su «Discurso de recepción, en la Academia española;» no vive *la Guerra de Africa*; bracean, próximas, las pocas poesías de Alarcón que no se fueron al fondo; el *Escándalo* y el *Niño de la Bola*, están enfermos; la *Pródiga*, desahuciada.

Pero en este siglo de lujuriosa producción literaria, debe tenerse por dichoso el que puede entrar á la inmortalidad con sólo exhibir estos tres billetes, color de rosa, que se llaman: *El sombrero de tres picos*, *El Capitán Veneno* y *Novelas Cortas*.

Alarcón no tenía resuello para novelas de «amplio aliento,» como dicen los franceses. Su *Escándalo* tiene páginas muy bellas; pero en-

tre otros varios defectos descubro la intención del doctrinario, el propósito deliberado del liberal arrepentido y contrito que reza en público un *pequé* ó un *confiteor*. Lo que el padre Manrique aconseja á Fabián Conde, habríalo aconsejado cualquier hombre de mundo sin necesidad de ser jesuita. Y toda la obra adolece de esa tendeneia doctrinal, de ese espíritu de catequismo que cansa al lector.

El Niño de la Bola es delicioso en algunos paisajes, en algunas escenas; pero deficiente como novela é inconexo. Lo forman «varias novelas cortas,» hilvanadas mal. Y en cuanto á la *Pródiga*, digo lo que dije otra vez en extenso juicio crítico: me gusta mucho, recuérdame á Feuillet; pero no es una buena novela.

En cambio ¡qué lindísimos cuentos escribía Alarcón! La palabra castellana cuentos, no transmite la idea que deseo transmitir y que sí expresa la del idioma francés: *nouvelle*. Porque *cuento* parece denotar algo pueril, la narración escrita para solaz del niño; y en la *nouvelle* cabe todo, desde el cuadrito «de género,» hasta el análisis psicológico. Cultívala en Francia, con mucho acierto, Guy de Maupassant, siendo á la par, egregio novelista: *nouvelliste et romancier*. Y Alarcón es un Maupassant casto.

Volviendo á leer ese *Sombrero de tres picos*, reflexioné que había tenido razón la mamá de Rosa. Hay una intensa voluptuosidad en esas hojas, desde la escena de la merienda, de la parra, hasta la última. La *señá Frasquita* es muy rozagante, muy fresca, demasiado hermosota. Pero aunque la novelita exhale voluptuosidad, no es inmoral. Es apetitosa.

¡Qué cuadrito más bien acabado! ¡Qué figuras! ¡Qué color! ¡Qué sanas risotadas! ¡Qué alegría!

¿Y el *Capitán Veneno*. . . ? ¡Esa es una obrita maestra! A ese capitán de furibundo mal genio, y que anda á gatas para que un niño cabalgue en él, sí le conocemos. ¡Qué buen retrato! ¡Cuán completo el parecido! ¡Y qué buena persona y qué simpático es ese capitán de mal humor! Se ve cómo el cariño va suavizando con su tibia humedad de lágrimas, ese temperamento reseco y áspero. Con haber escrito ese libro diminuto, se conformaría cualquiera.

¿Y el *tic-tac*. . . ? ¡No: quedará mucho de Alarcón aunque él lo haya creído! No morirá la memoria de ese delicado pintor de Miniaturas. Dijo él en verso:

*Noches vendrán cuya quietud grandiosa
No turbaremos ya. . . noches de olvido!*

Pero no vendrán esas noches para él, sino las sabrosas veladas en las que, á la luz de la lámpara verde, se releen esos cuentos en familia, regocijando á los viejos, despertando curiosidades y malicias en los mozos, haciendo reír á los abuelos y á los niños. No morirá tampoco la memoria del hombre honrado y bueno. Al literato le debemo's horas deliciosas, y en algunos de sus libros está escrito el verso de Manzoni: CHE FORSE NON MORRÁ.





“VELEIDOSA”

POR JOSE PEON Y CONTRERAS.

PROLOGO

Esta novela es un poemita. ¿Por qué no está en verso? ¡Cuánto más luciría con uno de esos trajes fastuosos, recamados de oro, salpicados de perlas que da Peón á sus ideas, haciendo á ésta, princesa; á esa, infanta; á aquélla, reina! El, tan pródigo de talento, de amor, ¿por qué fué avaro? Pido versos para esta obra que es la verdad, vista por unos ojos tristes, al través de la poesía. ¡Amor aquí; olvido allá: lo que soñamos, lo que vemos!

Parece, aunque no tiene las divagaciones filosóficas y humorísticas, propias de Campoamor, uno de esos « Pequeños Poemas » que tanto y tan deliciosamente hacen sufrir. Corrétea la poesía, abre una puerta, y se encuentra á la triste verdad vestida de luto. Huye; cierra los ojos; canta para que el miedo, amigo del silencio, no la siga; abre otra puerta, la que cree del jardín. . . . ¡y detrás de ella está la del vestido negro!

Así es *Veleidosa*. Dando cuerpo y color á esa novela, me la figuro como la *Mártir Cristiana* de Paul Delaroche. Es blanca, es rubia, está pálida y flota muerta, sonriendo, en las ondas azules adormidas.

Pero esa mártir no es ella, no es *Veleidosa*, sino el alma triste de su doliente enamorado. Tiene la suprema belleza, la que da el haber amado mucho, sufrido mucho y morir perdonando. Esa es la belleza que arrodilló á la humanidad ante el profeta escenio de la dulce mirada.

No se puede leer sin enternecimiento el libro de Peón. Es una historia vulgar, narrada con emoción y con talento; y porque es vulgar, conmueve. Ni siquiera es de las ocurrencias sociales que dan asunto á la crónica escandalosa ó á la crónica del crimen. Es de los dramas ignorados que se ocultan tras una gacetilla titulada «Defunción,» ú otra gacetilla titulada «Matrimonio.» Salvador ama á Veleidosa—la llamo así porque su nombre propio me desplace,—se aman los dos; Veleidosa olvida; Salvador sigue amando, y después muere. Esto es corriente, llano, se ve todos los días. . . . y por eso conmueve más. Es el dolor que ya sufrimos, salvando la vida, ó es el riesgo á que estamos expuestos.

Unos recuerdan con tristeza; otros preven asustados; pero todos los que aman ó ya amaron, leen el libro.

No me antipatiza Veleidosa. Es mujer, y no tiene la culpa de ello. Ya la había conocido Lope de Vega cuando dijo que la mujer es tornadiza como el viento y las olas; y ya la había pintado Francisco I en la vidriera de su castillo al grabar la máxima famosa:

Souvent femme varie
Bien fol est qui s'y fie;

ya lo sabemos todos, aunque siempre lo olvidamos. ¿Podeis casar indisolublemente á una mariposa con un mirto? Imposible, ¿verdad? Y tal vez por esa misma volubilidad la mariposa y la mujer son tan bonitas. Al guijarro pisamos; tras de la alondra corremos. Nos encantan el agua que travesa y que salta; la luz que muda de trajes, ya vistiendo el de oro y el azul, ya el de plata, y que viene, se va, nos ama y nos olvida; nos hechiza todo lo que vuela, todo lo inconstante, como el pez que aparece, brilla y se escabulle; como espuma effimera, como el íris rápido. Tal vez el diamante nos parezca hermoso porque cambia de luces. En cambio, el ciprés impasible, inmutable, inmóvil, casi nos infunde tristeza. Sólo que sabiendo todo esto, aspiramos con infinita aspiración á algo eterno. ¿Buscarán las almas, como el agua, su nivel? ¿Vendrán de cimas cerúleas en donde las rosas viven vida perdurable? Vamos á esas cúspides por otra nueva escala de Jacob, como creen los flamantes magos del espiritismo, cámos de ellas, como asegura la doctrina cristiana, para volver á encumbrarnos por el camino del Calvario, ó enfermos, dementados, pedimos lo infinito á lo finito y lo eterno á lo mutable. . . . Shakespeare—mal traducido,—dice: *Fragilidad, tienes nombre de mujer.* Eso no

es cierto: la fragilidad es tan femenina como la vida. Y sin embargo, las aspiraciones nuestras y las instituciones en que las hemos corporizado, descansan en la perpetuidad del sentimiento.

Veleidosa—nombre alado—no me antipatiza, porque no es responsable. Un niño ve un juguete y quiere cogerlo, se lo dan y lo rompe; se acerca á una bujía, palpa la flama, quémase y llora. Y Veleidosa es niña, no es mujer, porque las mujeres no son mujeres sino después de haber amado mucho, sufrido mucho ó haber sido madres.

Veleidosa quiso al artista, su amante, como la niña quiere al muñeco de porcelana que vió en la juguetería. Y le rompió la vida, como la traviesa rompe su muñeco. . . . ¿No os han dado tristeza nunca los juguetes rotos? . . .

Salvador era para Veleidosa un juguete encantador. Dice un poeta:

La mujer, como el ave, se enamora
De todo lo que brilla y hace ruido.

Y Salvador brillaba, hacía ruido, era un color hermoso como el de los vestidos de moda, era una música agradable como la de la danza que se baila de preferencia en los salones; era un pompón de pluma para su tocado; un clavel escarlata para su cabello.

Tomar el alma de aquel artista como se toma una sonajita de plata; jugar con su corazón como con un volante de raqueta; verse retratada por ese pincel mágico; impedir que retratara á otras hermosas, ¡qué irresistible tentación! ¡Qué linda travesura!

Y es tan fácil decir: *te amo.* Son tres sílabas. . . . casi dos. Y ¡te amaré eternamente! se dice en esos instantes en los que cabe la eternidad por breve rato. Después. . . . hace frío, da sueño, se bosteza y se duermen causados los amores. ¿Qué culpa tiene Veleidosa de que haga frío y dé sueño?

Lo malo fué que Salvador era soñador. Pintaba paisajes en su vida, como en el lienzo. Aquí flores; allá, aguas bullidoras y cubriendo todo un cielo azul que parece no acabarse nunca. El creía en el amor eterno. . . . ¡Algunos creen así! Acaso él mismo no habría logrado hacer el suyo inmortal, porque se requiere que venga la desgracia para que, convirtiendo en mármóreas estátuas yacentes los recuerdos, hagan que vivan luengos años los amores.

¡Qué bien nos pinta Peón Contreras el contraste que, al nacer, presentaron esas dos simpatías: la de él á ella, la de ella á él! Veleidosa se detiene un momento, como rehilete clavado con alfiler de oro. Ama

á Salvador por su donairoso traje de artista, por la luz que cae de la ventana al caballete, por la paleta que brilla, por la marina empezada, por el nombre de él, por la aureola de gloria que rodea esa hermosa y varonil cabeza.

Salvador la llega á querer, más que por bella, por débil, porque está enferma. Su alma de artista es femenina; también ama lo bello por ser bello; pero luego ese amor se convierte en hijo suyo, y entonces quiere como una madre. Y por eso, por ser como de madre, vive el amor de Salvador más que el de Veleidosa.

¿En cuál cariño canta la maternidad cuando la heroína de la novela está pálida, enferma y va á morir? ¿En el de Genoveva que es la madre humana? No; en el de Salvador. Ese pintor se vuelve médico; deja la alegre luz de su taller por la amarilla de la veladora; ya no oye á los pájaros en el bosque, para tener música en el alma al pintar sus paisajes, sino la tosecita de la pobre tísica; prepara la tisana; estudia en libros las dolencias de su amada, mientras ella reposa; corre al hospital á consultar á sus amigos médicos; á ver cómo son, cómo están las atacadas de ese propio mal; tiembla cuando la hoja amarillea, cuando llovizna, cuando el aire enfría, y á costa de sacrificios y de esfuerzos, salva una madre á su hija..... para que más tarde se la lleve algún amante.

Todo ello está dicho con becqueriana poesía en algunos capítulos de la novela. Ya al leerlos adivinamos lo que seguirá. Salvador va á ser pronto infeliz. Es tan bueno!

Veleidosa recobra la salud y pierde el cariño romántico, de convaleciente, que la unía á Salvador. Vuelve á ser Veleidosa. Antes había dejado de serlo porque estaba como postrada en su sillón de enferma. El crepúsculo vespertino de este amor en que todavía queda cariño y gratitud, y el deseo de irse desasiendo dulcemente, sin forzar, sin ofender la mano todavía ardorosa, que detiene á la helada, está pintado admirablemente por Peón. Hay frío afuera — dice el corazón, — y á cada rato se asoma á los ojos para ver si llueve. Sobrecoge el espíritu un miedo vago. Está nublado. Se presiente, casi se cree; pero no se quiere creer.

La que ya no ama, como Veleidosa, se pregunta: —¿cómo será algo buena, al ser mala con él? — Quiere que su novio entienda lo que pasa, sin decírselo ella. Daría algunos años porque coqueteara — nada más coqueteara, — con alguna otra. ¡Ah, pero entonces los amantes son muy fieles! Temen sus corazones, y por nada salen

de aventura. De modo que algo brusco es necesario para desatar ó romper el nudo.

Entristece ese Salvador que se resiste á comprender; apenas cuando transige; conmueve cuando se queda solo en su cuarto, y solo ya en la vida. ¿Por qué amó á Veleidosa. . . . ? Y si se hubiera unido á ella. . . . ?

Ya el artista vendió sus bienes más queridos para marcharse á Europa; ya va en el mar, y desde el barco dice adiós á todo lo suyo, como el poeta pintado por Gleyre se despedía, en la orilla, de sus venturas y sus sueños.

De Veleidosa nada se nos dice, ni tampoco interesa que nos hablen de ella. Baila, juega, ríe, mariposea. Salvador es apuesto, joven, tiene genio, y otras mujeres más ó menos veleidosas le sonríen. Pero pertenece á esa casta de soñadores que aman el dolor más que el amor, y cuando lo hallan se unen para siempre á él.

El dolor, en el hombre de genio, cuando no lo lleva á las cumbres altísimas, lo lleva al vicio. El ajeno atrae, como la mirada verde de una mujer con la que sólo pensamos pasar algunas horas. Para despreciar á la mujer, se buscan muchas mujeres. ¡Cuántas confesiones mudas oye el vaso! Entre la copa y los labios, ahí suele estar el drama. Y en los lechos impuros ¡cuántas veces se ha refugiado un sueño casto, un recuerdo tierno, una memoria de pureza, algo hermoso que fué bueno!

Salvador no se corrompe, se profana. Se mancha y no se limpia, porque ya no necesita estar aseado. Siente una inmensa necesidad de sueño, y bebe para dormir. Pero no se ahoga su bondad en esas charcas en que ha caído. Una suave resignación exhala su alma. ¿Por qué culpar á Veleidosa? Tal vez tuvo razón; tal vez la habría hecho desdichada; no era vicioso, era desventurado. Pero quería afearse moralmente él mismo, por amor, para disculpar á la traidora.

Por fin, enferma y muere. Muere perdonando. Su última carta es una delicadeza extrema. Parece auténtica, escrita por Salvador, y este es el más alto elogio que puedo hacer de Peón Contreras.

En *Veleidosa* hay verdad, hay ternura y hay poesía. Chispean entre sus hojas, como brillantes luciérnagas, frases luminosas. Se ve que este drama ha pasado: diríase que Peón asistió como doctor al moribundo y que escuchó como poeta sus íntimas confidencias.

Al cerrar el libro, se aplica el oído á la cubierta para oír los latidos de un corazón que en él queda. Está en prosa; pero esa prosa es como la fronda de los árboles: abriga muchos nidos, y en los nidos muchos cantos.

¿Por qué es tan breve? ¿Por qué no está en verso?



PROLOGO

A LOS VERSOS DE ADALBERTO A. ESTEVA.

Tiene el autor del libro que va á leerse una cualidad que le distingue de muchos que publican en volumen sus versos: es poeta; y amén de esta supremacía que mucho le honra, complázcome en reconocerle otra virtud, rarísima en estas regiones de las selvas vírgenes, de los genios incultos, de la vegetación exuberante, de la poesía enmarañada y de los talentos sin peinar: es artista. No predomina en Adalberto Esteva el sentimiento, aunque sí lo posee en dosis suficiente, pues á no ser así, fuera imposible que le llamáramos poeta; no es la ternura cualidad distintiva de sus versos, tan desemejantes de las cántigas que sollozan como de las imprecaciones y blasfemias que, airado lanza á los cielos el ateo ó el pesimista; no hallo en su poesía tintes densamente sombríos, ni arcaísmos y exquisiteces que revelen, más que al vate, al erudito; tampoco le descubro el afeite excesivo, afeminado, á las veces grotesco, de esos *decadentes* — como hoy se les llama, — encaprichados en adornar, con chillantes cintajos ó primorosas bandeletas, momias poéticas: no, es la suya poesía sana y rozagante, sí bien nada tiene de campesina zafia y desaseada; sana por joven y de buena raza; fresca porque se lava diariamente (y no temprano), en rica palangana de alabastro, salpicada de rosas y perfumada con esencia de heliotropo; su carácter predominante es la elegancia, y le asigno prosapia tan alta, que aun creo mirar con cuánto amor meció su cuna la más hermosa de las hechiceras: la imaginación. Hay versos que trascienden á flores silvestres ó con esme-